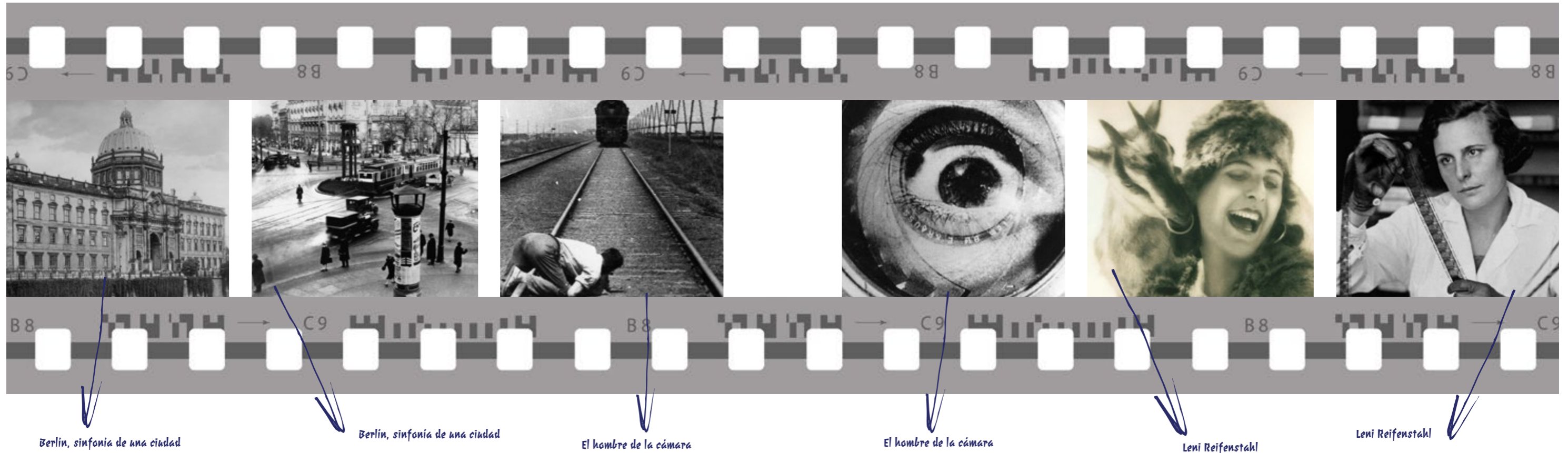


CINE DOCUMENTAL: ALGUNAS REFLEXIONES

Por Juan Arturo Brennan*

En efecto, hay pocas cosas que alteren y modifiquen más el comportamiento de un individuo o un grupo humano que la presencia, casi siempre invasiva, de una cámara y un equipo de realización



Berlín, sinfonía de una ciudad

Berlín, sinfonía de una ciudad

El hombre de la cámara

El hombre de la cámara

Leni Reifenstahl

Leni Reifenstahl

Existe en el mundo de la ciencia una teoría que afirma que el sólo hecho de observar un fenómeno necesariamente altera el desarrollo de ese fenómeno y, como consecuencia, cancela cualquier posibilidad de hacer una observación (y/o una medición) precisa de ese mismo fenómeno. Cualquiera que se haya dado a la tarea de hacer cine documental (aquí incluyo, por supuesto, al video como soporte de imagen) entiende claramente este hecho. En efecto, el sólo hecho de instalar una cámara en determinado lugar, en cierta posición, con cierto encuadre, implica no sólo una importante toma de posición (en muchos sentidos) sino también, automáticamente, una alteración de aquello que se está fotografiando. Si el tema/objeto del documental se refiere básicamente a lugares, paisajes, objetos o conceptos más o menos abstractos, la posibilidad de alteración de lo observado disminuye notablemente.

Pero en cuanto esa hipotética cámara se enfoca en individuos, comunidades y grupos sociales la posibilidad de realizar un documental 100% objetivo desaparece. En efecto, hay pocas cosas que alteren y modifiquen más el comportamiento de un individuo o un grupo humano que la presencia, casi siempre invasiva, de una cámara y un equipo de realización. De ahí que se considere un mérito importante del buen documentalista el poder introducirse en una comunidad para realizar su trabajo causando la menor alteración posible del comportamiento de sus sujetos. De esta consideración inicial surge de inmediato la pregunta: ¿es posible hacer un documental puro, en el entendido de que su proceso de realización no altere en nada el comportamiento de los individuos y comunidades a los que alude? La respuesta, casi segura, es un NO contundente; los numerosos textos teóricos y analíticos

que sobre el cine documental se han escrito parecen demostrarlo fehacientemente.

¿Qué lugar ocupa el cine documental en la atención y preferencia de quienes asisten al cine con cierta regularidad? El último, a juzgar por los números, las estadísticas y las encuestas que con frecuencia se realizan sobre asuntos cinematográficos. Un ejemplo entre muchos posibles: recientemente, la revista *Algarabía* (editada por una colectividad que le presta mucha atención al cine y su entorno) realizó un sondeo de preferencias filmicas por género, en el que el cine documental logró el último lugar absoluto con un magro 3%. Por desgracia, esta clase de numerología estadística favorece perversamente el círculo vicioso que implica que el cine documental casi nunca se exhiba en las salas de cine convencionales porque casi nadie asiste a verlo, y casi nadie

asiste a verlo debido al desconocimiento causado por la falta de exhibición.

Aunque parezca mentira, un componente importante del escaso interés del público en el cine documental es una ausencia muy básica de información sobre las características fundamentales de este género de películas. A manera de prueba, basta hacer el experimento de preguntar a un segmento abundante de público sobre la identidad del cine documental; sin duda, la mayoría de las respuestas no irán más allá de mencionar los programas de televisión que sobre los rituales amorosos de las jirafas o las consecuencias de alguna batalla histórica se transmiten en canales televisivos como National Geographic o Discovery Channel. En el otro extremo de esta simplificación está una muy real dificultad de definirlo con exactitud indiscutible. En muchos casos, no hay duda de que